



NO TAN ELEMENTAL

Cómo ser
Sherlock Holmes

DANIEL TUBAU

Ariel



NO TAN ELEMENTAL

Cómo ser
Sherlock Holmes

DANIEL TUBAU

Ariel

1.ª edición: enero de 2015

© 2015, Daniel Tubau
© 2015, Samuel Velasco (Ilustraciones de las páginas 83, 84, 85,
86, 232, 239, 243, 245 y 255)

© Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:
© 2015: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-1903-2

Depósito legal: B. 24.910 - 2014

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso
previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva
de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

Sherlock Holmes de Baker Street	13
-------------------------------------------	----

Primera parte

UNA EXTRAÑA FORMA DE VIDA	21
La misteriosa profesión de Sherlock Holmes	23
Una curiosidad sin límites	25
Elemental, mister Hooke	30
Un detective baconiano.	36
El fin del secreto.	40
SIGNOS	45
Detalles y minucias.	47
La importancia de lo superfluo.	47
Giovanni Morelli, detective	52
La oreja del muerto	54
A la identidad por las orejas	56
Sherlock Holmes, antropometrista.	61
El final del <i>bertillonage</i>	63
Señales, huellas y marcas	66
El hermano más listo de Sherlock Holmes.	66
El detective semiótico	71
Una ciencia imperialista	73
Sherlock Holmes, semiólogo asesor	76
El significativo incidente del perro de Pavlov	78
Códigos secretos	81

Un criptógrafo aficionado	81
Criptografía en Holmes	84
Ruido y mensaje	87
Un cifrado incomprensible	88
Síntomas e indicios	92
Un médico muy observador	92
Cómo ser un buen empirista	95
El juego de las veinte preguntas	97
Un médico tras las huellas de un detective	101
Gestos, lapsus y psicólogos vieneses	102
Psicología de la investigación	102
Cómo leer mentes ajenas	106
Una lectura muy fría	109
La sonrisa Duchenne	112
El corazón de la máquina	114
Los trucos de un detective	115
Sherlock Holmes, experto en moda	119
Un taxista llamado Sherlock Holmes	123
LAS LECTURAS FAVORITAS DE SHERLOCK HOLMES	127
Un lector omnívoro	129
Pisadas sospechosas	130
Tras las huellas... dactilares o no	135
Leer con todos los sentidos	137
El oficio de vivir	140
Palabras, palabras, palabras	143
La escena del crimen y la ciencia forense	146
Una cuestión de química	148
Todo significa algo	150
SHERLOCK HOLMES EN ACCIÓN	153
Los poderes de la imaginación	155
El maestro de la mentira	157
La caza ha comenzado	160
Juegos de realidad alternativa	162
Sherlock Holmes, filósofo y místico	165
¿A qué diablos se dedicaba Sherlock Holmes?.	169

Segunda parte

LOS MÉTODOS DE SHERLOCK HOLMES	175
La educación de John Watson	177
Pensar como Holmes, pensar como Watson	181
Intuición	185
Una palabra-éxito	185
Tras las pistas de la intuición	188
El problema de Monty Hall	190
La observación: datos y más datos.	195
El método inductivo.	195
Quien busca, encuentra.	198
Los cisnes negros	200
El problema de la inducción	203
Fuentes de información	204
El ático de Sherlock Holmes	204
El palacio mental de Sherlock	208
Información organizada y accesible	211
Un detective experto en estadística	216
<i>Big data</i> : la venganza de Francis Bacon.	219
La ciencia de la deducción	222
El libro de la vida y la lógica	222
Los límites de la certeza lógica	226
La caja misteriosa	230
El problema de la habitación cerrada	233
La abducción de Sherlock Holmes	236
El método de Sherrinford Holmes	236
Cómo razonar hacia atrás	241
Cuando todas las piezas encajan	241
El razonador analítico.	248
Hazañas de la deducción inversa	250
LA CREATIVIDAD SEGÚN SHERLOCK HOLMES	255
Usted ya conoce mis métodos	257
Johannes Kepler de Baker Street	261
El proceso creativo de Sherlock Holmes	265
Sherlock Holmes en la bañera de Arquímedes	269
Las virtudes del olvido	273
Un viaje a Serendipia	276

NO TAN ELEMENTAL, QUERIDO HOLMES	281
El Gran Juego	283
Atención con la atención	288
¡Mira hacia aquí! (y no mires hacia allá)	293
Huevos de Pascua	295
Dame un titular	298
Pensar despacio rápidamente.	303
Orgullo y prejuicios	307
El poder de las historias.	310
Más información a veces significa menos información	313
Estadísticas de un solo caso	315
Cómo saber de todo sin saber nada	317
Focalización dispersa	319
Ser como Sherlock Holmes	321
Apología de Sherlock Holmes	326
Casi todas las profesiones y habilidades de Sherlock Holmes	331
Todas las aventuras del canon de Sherlock Holmes . . .	333
Bibliografía recomendada	337
Notas	341
Índice analítico	353

LA MISTERIOSA PROFESIÓN DE SHERLOCK HOLMES

Si preguntamos a cualquier persona cuál es la profesión de Sherlock Holmes, seguro que nos responderá que era detective. ¿Acaso no sabe todo el mundo que Holmes es el más célebre de cuantos detectives han existido? Muchas personas dirían sin dudarlo que fue él quien inventó esa actividad. Sin embargo, la verdad es que Sherlock Holmes no inventó la profesión y él mismo ni siquiera se consideraba detective, al menos no un detective como los demás.

Cuando Watson conoce a Sherlock Holmes, se pregunta a qué se dedica, pero no consigue encontrar una profesión en la que se necesiten los dispersos conocimientos que parece poseer aquel extraño joven. El misterio aumenta cuando observa que su amigo recibe en la casa de Baker Street a todo tipo de personas y que le pide que le deje usar la sala común: «Me es indispensable servirme de esta habitación como oficina de negocios, y estas personas son clientes míos». ¿Qué tipo de clientes?, se pregunta Watson, sin atreverse a pedir una explicación a Holmes. La respuesta a sus inquietudes viene de manera inesperada cuando lee en una revista un artículo que se titula «El libro de la vida», en el que el autor describe la llamada «ciencia de la deducción» y asegura que alguien bien entrenado en la observación sería capaz de deducir la profesión de cualquier persona. Watson señala a Holmes lo presuntuoso de tal aseveración y califica todas esas teorías de ciencia de salón: «Me gus-

taría ver encerrado al autor en un vagón de metro y que le pidieran que fuese diciendo las profesiones de cada uno de sus compañeros de viaje. Yo apostaría mil por uno en su contra».¹ La sorprendente respuesta de su compañero de piso es: «Perdería usted el dinero. En cuanto al artículo, lo escribí yo mismo». Holmes explica entonces que, gracias a su dominio de la observación y la deducción, le es posible ganarse la vida de manera respetable. Acto seguido, sin necesidad de ninguna pregunta más, Holmes le revela su misterioso oficio: «Tengo una profesión propia. Me imagino que soy el único en el mundo que la profesa. Soy detective consultor, y usted verá si entiende lo que significa».

«Detective consultor» (*consulting detective*), ésa es la profesión oficial de Sherlock Holmes, inventada por él mismo. Ahora bien, ya sabemos que no hay que confundir esta ocupación con la de un detective sin más, pues, como el propio Holmes explica: «Existen en Londres muchísimos detectives oficiales y gran número de detectives particulares». Como resulta evidente que Watson no entiende qué es un detective consultor, Holmes se ve obligado a ser más explícito: «Siempre que esos señores no dan en el clavo vienen a mí, y yo me las ingenio para ponerlos en la buena pista».²

Parece entonces que Sherlock Holmes, más que un detective, es un asesor de detectives, «el último tribunal de apelación»³ al que se puede recurrir cuando todos los métodos de investigación han fracasado, pues, como él mismo dice con su inmodestia habitual: «Ni existe ni ha existido jamás un hombre que haya aportado al descubrimiento del crimen una suma de estudio y de talento natural como los míos».⁴ Para convertirse en ese genio de la investigación, Holmes ha tenido que dedicar largos años de estudio, pero no limitándose a las materias propias de los detectives profesionales, sino ampliando su punto de vista hasta abarcar tantas actividades y profesiones que, como se verá, resulta difícil enumerarlas sin olvidar alguna.

UNA CURIOSIDAD SIN LÍMITES

Descartes estaba tremendamente obsesionado con las cosas del mundo. Estudiaba la nieve, las piedras, los granos de sal. Le fascinaba la idea de aplicar su método a la justicia y en una ocasión se ocupó del caso de un campesino acusado de asesinato. Investigó los detalles y apeló a las autoridades en nombre del reo, haciendo un uso de la razón que presagiaba a Sherlock Holmes y a la criminología.

Russell Shorto, *Los huesos de Descartes*

En la primera narración en la que Sherlock Holmes es presentado al mundo, *Estudio en escarlata*, Watson, como ya sabemos, se pregunta cuál es la profesión de su amigo. Al principio piensa que es químico, puesto que se conocen en un laboratorio y Holmes le cuenta que ha descubierto un compuesto que permite detectar fácilmente manchas de sangre. El joven Stamford añade que Holmes es muy voluble y excéntrico en sus estudios, que sabe mucho de química y anatomía y que posee conocimientos poco corrientes «que asombrarían a sus profesores»; además, le ha visto golpear cadáveres, para observar qué tipo de magulladuras se producen tras la muerte. Después, en los primeros días y semanas de convivencia, Watson observa las costumbres de Holmes: sabe que visita mucho el laboratorio de química y las salas de disección, e incluso le permite montar un pequeño laboratorio en la vivienda que comparten en Baker Street. Holmes, observa Watson, también es aficionado a tocar el violín y está muy al tanto del mundo criminal.

Las conversaciones con su compañero de piso permiten a Watson confirmar que su amigo no se dedica a la medicina de modo profesional y que posee minuciosos conocimientos en disciplinas muy diversas, pero que también ignora muchas cosas, quizá lo más asombroso es que no sabe que la Tierra gira alrededor del Sol. Ya conoceremos más adelante algunas razones de esta ignorancia de Holmes, que él justifica diciendo que solo aprende y recuerda cosas que le puedan resultar útiles en

su labor. Watson no se atreve a preguntar qué labor es ésa, pero se propone averiguarlo: ¿en qué profesión podrían ser útiles las cosas que sabe que le interesan a su nuevo amigo? Para descubrirlo, redacta una lista que se ha hecho célebre entre los holmesianos, en la que detalla lo que su compañero conoce y lo que ignora:

Sherlock Holmes. Área de sus conocimientos:

1. Literatura... Cero.
2. Filosofía... Cero.
3. Astronomía... Cero.
4. Política... Ligeros.
5. Botánica... Desiguales. Al corriente sobre la belladona, opio y venenos en general. Ignora todo lo referente al cultivo práctico.
6. Geología... Conocimientos prácticos, pero limitados. Distingue de un golpe de vista la clase de tierras. Después de sus paseos me ha mostrado las salpicaduras que había en sus pantalones, indicándome, por su color y consistencia, en qué parte de Londres le habían saltado.
7. Química... Exactos, pero no sistemáticos.
8. Anatomía... Profundos.
9. Literatura sensacionalista... Inmensos. Parece conocer con todo detalle todos los crímenes perpetrados en un siglo.
10. Toca el violín.
11. Experto boxeador y esgrimidor de palo y espada.
12. Posee conocimientos prácticos de las leyes de Inglaterra.⁵

¿Para qué profesión pueden servir todos estos conocimientos y habilidades? Watson le da vueltas y vueltas a esta pregunta, pero acaba renunciando a obtener una respuesta sensata y arroja la lista al fuego: «Si el coordinar todos estos conocimientos y descubrir una profesión en la que se requieran todos ellos resulta el único modo de dar con la finalidad que este hombre busca, puedo desde ahora renunciar a mi propósito».⁶

Sin embargo, hay personas que elaboran listas tan disparatadas como la que resume los intereses de Holmes. Una de ellas fue redactada por Adelardo de Bath, un monje que vivió

en el siglo XI y al que se considera uno de los precursores de la ciencia moderna. Entre sus notas se han encontrado listas de intereses y preguntas como la siguiente:

Cuando un árbol se injerta en otro, ¿por qué todos los frutos son de la porción injertada?
¿por qué algunos animales rumian?
¿por qué algunos animales carecen de estómago?
¿por qué el agua del mar es salada?
¿por qué los hombres se quedan calvos por delante?
¿por qué los seres humanos no tienen cuernos?
¿por qué algunos animales ven mejor de noche?
¿por qué podemos ver objetos iluminados cuando estamos en la oscuridad y no al contrario?
¿por qué no miden lo mismo todos los dedos?
¿por qué los niños no caminan nada más nacer?
¿por qué nos dan miedo los cadáveres?⁷

Cuando Umberto Eco decidió hacer viajar a Sherlock Holmes a la Edad Media, le puso el nombre de Fray Guillermo de Baskerville, recordando el nombre de uno de esos monjes protocientíficos semejante a Adelardo de Bath, Guillermo de Occam, y tomando el apellido de una de las novelas de Sherlock Holmes (*El sabueso de los Baskerville*), mientras que a Watson lo llamó, de manera casi transparente, Adso.

Una lista similar a la de Adelardo, en su caótico eclecticismo, fue redactada varios siglos después por Robert Hooke, el primer comisario de experimentos de la Royal Society, que realizó aportaciones en terrenos tan dispares como la microscopía, la cronometría, la astronomía y la mecánica de ondas. También aseguraba que las leyes de la naturaleza descubiertas por Newton las había pensado él antes, pero, como señala Isaac Asimov, la costumbre de Hooke de ocuparse de mil y una cosas a la vez y dejarlas después a medias, hacía que siempre pudiera afirmar que, hiciesen lo que hiciesen los demás, a él se le había ocurrido antes.⁸ En los cuadernos de notas de Hooke podemos encontrar enumeraciones interminables acerca de los asuntos que se proponía investigar:

El uso de un carruaje.
Los ojos de los cachorros de perro recién nacidos.
Las plumas, picos y uñas de las aves que aún no han roto el cascarón.
La pólvora, entera y molida.
Insectos y otras criaturas que parecen exánimes en invierno.
La serpiente de Moisés y el agua transmutada.
Que la belleza no hace a las partes, sino que resulta de ellas, así como la salud.
La armonía, la simetría.
Que las formas internas acaso no sean sino disposiciones duraderas forjadas por los objetos externos.
El barómetro sellado y las consecuencias de semejante aparato.
Monstruos, y los antojos y temores de las mujeres encinta.
La reparación torpe de muelles a martillazos.
Pinchar una burbuja en el cristal de un barómetro.⁹

El aparente caos y dispersión de los intereses de Holmes, Adelardo y Hooke esconde un propósito y obedece también a un impulso irreprimible: la curiosidad. Los tres personajes coinciden en su afán por descubrir los secretos de la naturaleza, aunque Holmes delimita su campo de estudio un poco más que Adelardo y Hooke y parece conformarse con aquello que se relaciona con la vida criminal. En realidad, tanto la curiosidad como esa caótica pluralidad de intereses es propia de los investigadores y filósofos de la naturaleza, ya desde los tiempos de los pensadores presocráticos. Demócrito no solo concibió el sistema atómico (o el molecular, según se interpreten sus «átomos»), sino que también estaba interesado por el origen de las palabras, por el movimiento de los planetas, por la causa de los colores y los sabores o por cuestiones relacionadas con la geometría, la física, el arte y la matemática. En su obsesión por descubrir misterios ocultos, abandonó todo lo que poseía, por lo que fue llevado a juicio, pero salió airoso al leer uno de sus tratados. Su actitud de ensimismamiento investigador, tal como la describe el poeta latino Horacio, nos recuerda inevitablemente a Sherlock Holmes: «Qué asombroso que el ganado

entre en los campos de Demócrito y eche a perder la cosecha, mientras su alma, olvidándose del cuerpo, se va corriendo veloz».¹⁰ Por otra parte, si Holmes «odiaba cualquier forma de vida social con toda la fuerza de su alma bohemia»¹¹ y buscaba la soledad para entregarse a sus ensoñaciones o reflexiones, Demócrito, «para poder dejar un mayor espacio a su propia imaginación», solía pasar largos periodos de tiempo «en la soledad del desierto o entre las tumbas de los cementerios». Además, el filósofo griego era capaz de hacer deducciones asombrosas, como cuando al tomar un vaso de leche dijo: «Esta leche ha sido ordeñada de una cabra negra y primeriza»,¹² cosa que se comprobó correcta. En otra ocasión saludó a una amiga del médico Hipócrates con la frase «buenos días, muchacha», y al día siguiente la saludó con un «buenos días, mujer»: la muchacha, nos dice el cronista, que no es otro que el propio Hipócrates, había tenido aquella noche su primera experiencia sexual.¹³ En el primer caso, podemos imaginar una explicación holmesiana en la que lo asombroso acaba por resultar sencillo, como que en el vaso de leche había algún pelo de cabra negro y que la persona que había ordeñado al animal tenía la ropa manchada o rasguños en los brazos, lo que podía revelar que la cabra todavía no estaba acostumbrada a ser ordeñada. Tampoco resulta difícil imaginar algún detalle en la muchacha, en su actitud o en su atuendo que le revelase al filósofo la experiencia que había tenido aquella noche. Por otra parte, se atribuían a Demócrito poderes adivinatorios, porque en sus viajes había estudiado con los magos persas y caldeos, pero nunca recurrió a lo sobrenatural en sus explicaciones y, como Holmes y los miembros de la Royal Society, siempre acababa contando las observaciones que le habían llevado a sus conclusiones. Como el propio Demócrito escribió: «Prefiero descubrir una ley causal que convertirme en rey de los persas».

Ahora bien, según Aristóteles, gran admirador de Demócrito,¹⁴ el amor y la búsqueda del conocimiento es el mayor fin al que puede aspirar un ser humano, pero esconde peligros, pues el investigador apasionado puede superar los límites marcados por los dioses o la naturaleza, lo que los griegos llamaban la *hybris*, soberbia y orgullo desmedido, palabra que no en

vano está emparentada con la ebriedad o borrachera. Dédalo, quizá uno de los primeros científicos conocidos, fue castigado por sus inventos y perdió a su hijo Ícaro; Mary Shelley, en *Frankenstein*, presenta a un científico que se atreve a crear vida, algo que está reservado a Dios;* Robert Louis Stevenson imaginó a un doctor llamado Jekyll que también es castigado al traspasar los límites humanos y dar forma a su doble naturaleza, la del malvado señor Hyde. Sin llegar a los extremos de Frankenstein o Hyde, el arquetipo o estereotipo del científico que, llevado por la curiosidad y el amor al conocimiento, desentraña los secretos de la naturaleza, pero que, al mismo tiempo, demuestra una gran torpeza en lo cotidiano y ciertos rasgos de extravagancia, hace que existan muchas semejanzas entre los primeros científicos modernos y Sherlock Holmes.

ELEMENTAL, MISTER HOOKE

Cuando vine a Londres por primera vez, me alojaba en Montague Street, a la vuelta del Museo Británico, y allí esperaba, ocupando mis interminables horas de ocio en estudiar todas aquellas ramas de la ciencia que podían contribuir a hacerme más eficaz.

Sherlock Holmes en
«El ritual de los Musgrave»

Muchas veces se ha hablado de la personalidad al mismo tiempo obsesiva, indolente, apasionada y despistada de los grandes investigadores y científicos, ya desde aquella anécdota del filósofo Tales que se cayó a un pozo por su afición a mirar las estrellas. Se cuentan historias similares acerca de Einstein, Newton y muchos otros científicos, que se concentraban de manera tan

* Ingeniosas interpretaciones han señalado que crear vida quizá no esté al alcance de los hombres, pero sí, desde luego, de las mujeres, y que Mary Shelley pudo verse influida por su embarazo y la pérdida de su hijo durante la escritura de *Frankenstein* (véase Ellen Moers, «Female Gothic», en *Literary Women*).

obsesiva en un problema que se olvidaban del mundo exterior. En una ocasión, al menos según la leyenda, Einstein tenía que cambiarse para ir a una recepción y, después de quitarse la ropa, en vez de ponerse el traje de gala, se metió directamente en la cama y se quedó durmiendo hasta el día siguiente.

También son frecuentes las historias acerca de científicos que descuidan sus tareas o se olvidan de los demás, como hace Holmes con el pobre Watson, al que más de una vez deja de atender durante horas. Philip Ball cuenta que Robert Boyle, amigo y compañero de Hooke en la Royal Society, era capaz de llamar a uno de sus criados en mitad de la noche para que le llevase un trozo de pescado podrido y lo introdujese en la bomba de aire.¹⁵ Watson también está muy acostumbrado a ser requerido por Holmes en cualquier circunstancia, aunque a veces es él quien acude al encuentro de su amigo para plantearle un enigma, del mismo modo que los criados de Boyle, conociendo las extrañas aficiones de su amo, se atrevían a molestarlo, incluso cuando pasaba por un fuerte catarro, para anunciarle que las criadas se habían asustado al ver algo brillando en la oscuridad de la despensa y que resultó ser un pedazo de carne:

Postergando por un momento mi decisión de acostarme, mandé que trajesen esa carne a mis dependencias en el acto, e hice que la colocasen en un rincón considerablemente oscuro, donde fui testigo, con tanto asombro como deleite, de que, en efecto, aquella pieza de carne brillaba en diversos lugares... Una imagen tan insólita que enseguida se me ocurrió invitaros para que participarais del placer de contemplarla.¹⁶

Aquellos científicos, movidos por su ansia de saber, podían llegar a atravesarse con una aguja «entre el ojo y el hueso» para distorsionar el cristalino, como hizo Newton, y así observar lo que sucedía, si es que no perdía antes la visión, claro. Su gran rival, Robert Boyle, llegaba a enfrascarse de tal modo en sus investigaciones que «era muy capaz de caer enfermo de tanto fervor como ponía en su tarea»,¹⁷ algo que también suele sucederle a Holmes. Así, en «El pie del diablo», Watson cuenta que en 1897 el doctor Moore Agar ordenó al detective que

abandonara todos sus casos y se sometiera a una cura de reposo si quería evitar un derrumbamiento absoluto: «Holmes jamás había prestado la más mínima atención a su estado de salud, ya que vivía en una abstracción mental absoluta, pero al final se le pudo convencer, bajo la amenaza de quedar permanentemente incapacitado para trabajar».¹⁸

Cuando nos cuentan los métodos de otro de los fundadores de la Royal Society, Robert Hooke, como su costumbre de narcotizar a las moscas con coñac para poder observarlas con el microscopio (si las mataba se contraían),¹⁹ nos parece estar asistiendo a una de aquellas extrañas prácticas a las que se entregaba Holmes, como cuando intenta atravesar con un arpón a un cerdo muerto para resolver un caso:

Si hubiera usted podido asomarse a la trastienda de Allardyce, habría visto un cerdo muerto colgado de un gancho en el techo y un caballero en mangas de camisa dándole furiosos lanzazos con esta arma. Esa persona tan enérgica era yo, y he quedado convencido de que por muy fuerte que golpeará no podía traspasar al cerdo de un solo lanzazo.²⁰

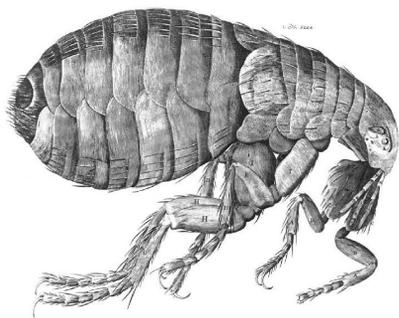
Victor Trevor, al que ya hemos visto páginas atrás describir al extravagante joven que va a presentar a Watson para que compartan piso, asegura:

Yo llego incluso a representármelo dando a un amigo suyo un pellizco del alcaloide vegetal más moderno, y eso no por malquerencia, compréndame, sino por puro espíritu de investigador que desea formarse una idea exacta de los efectos de la droga.²¹

Enseguida añade Trevor: «Para ser justo, creo que él mismo la tomaría con idéntica naturalidad».²² Hooke también estaba dispuesto a dar literalmente su sangre para obtener alguna nueva revelación acerca de la naturaleza, como cuando decidió observar a un insecto a través del microscopio: «No menos inquietante resulta la observación de una pulga que llevó a cabo el flemático Hooke mientras el insecto le chupaba la sangre».²³ Las observaciones de Hooke acerca de la experien-

cia recuerdan ese tono sobrio con el que Holmes describe las situaciones más extravagantes o llamativas:

La criatura era tan voraz que, pese a no poder contener más sangre, seguía chupando igual de rápido, mientras, con la misma velocidad, evacuaba por detrás: la digestión de esta criatura debe de ser muy rápida, pues, si bien la sangre se veía más espesa y oscura cuando la succionaba, al llegar a las tripas era de un hermoso color rojo, y la que se incorporaba a sus venas parecía blanca.²⁴



El magnífico resultado que obtuvo Hooke al ofrecer su propia sangre a una pulga. Las consecuencias pudieron ser trágicas, pues precisamente esta pulga, la *Ceratophyllus fasciatus*, fue la responsable de la muerte de millones de personas en Europa, al transmitir la peste. (Ilustración de Robert Hooke en *Micrographia*, 1665.)

En otra ocasión, Hooke construyó una cámara de aire en la que pudiese entrar una persona, y sin dudarle se introdujo en ella, a pesar de que había observado que insectos y otros pequeños animales morían al permanecer en cámaras de aire similares:

Por suerte para él, la cámara distaba mucho de ser hermética y solo fue posible extraer un cuarto más o menos del aire que había dentro; pero bastó para que Hooke afirmase haber sentido mareos y dolor de oídos.²⁵

Un siglo después, otro de los presidentes de la Royal Society, el químico Humphry Davy, investigó en 1799 el efecto

sobre la respiración humana de gases como el hidrógeno, el dióxido de carbono, el monóxido de carbono y otras combinaciones de gas nitroso:

Antes de intentar nada en sus pacientes, lo probaba todo consigo mismo, a menudo corriendo graves riesgos. Los desvanecimientos, las náuseas y las fuertes migrañas con frecuencia le dejaban postrado. Pero él proseguía, impertérrito.²⁶

En otra ocasión, Davy decidió inhalar cuatro litros y medio de monóxido de carbono (el gas con el que muchas personas se han suicidado en sus garajes) y al llegar al cuarto litro sufrió un colapso: «Parecía que me estaba hundiendo en la aniquilación, pero tuve la energía suficiente como para dejar caer la boquilla de mis labios entreabiertos». Sin embargo, todavía tuvo ánimo para comprobar su pulso: «filiforme y demasiado acelerado».

Holmes también se arriesga una y otra vez, no tanto para atrapar al culpable (al que a menudo ni siquiera entrega a la policía), sino para poner a prueba una teoría. En una de sus últimas aventuras, «El pie del diablo», cuando ya el detective y su ayudante son casi ancianos, los dos ponen en riesgo su vida con el único objetivo de comprobar si es correcta o no la hipótesis acerca de una potente droga que ha llevado a la muerte a varias personas. El lector percibirá enseguida la semejanza con las descripciones del experimento de Davy, que sin duda sirvió de inspiración a Conan Doyle.* A pesar de que el caso ya está resuelto, Holmes propone que prueben la efectividad del misterioso veneno:

Y ahora, Watson, vamos a encender nuestra lámpara. Sin embargo, tomaremos la precaución de abrir la ventana para evitar el fallecimiento prematuro de dos meritorios miembros de la sociedad.²⁷

Eso sí, el detective ofrece a su amigo echarse atrás si lo desea, pero Watson, que sería capaz de acompañar a su queri-

* Un indicio en tal sentido es que el relato se sitúa en Cornualles, lugar de nacimiento de Humphry Davy.

do amigo hasta las puertas del mismo infierno, acepta alegremente el desafío. A pesar de las precauciones que toman antes de inhalar el peligroso humo, la vida o la cordura de ambos parecen condenadas, si no fuera porque Watson, en medio del caos de sus sensaciones, logra captar

una fugaz visión del rostro de Holmes, blanco, rígido y deformado por el terror... exactamente con la misma expresión que habíamos visto en los rostros de los muertos; aquella visión me proporcionó un instante de cordura y de fuerza.²⁸

En un último esfuerzo, rescata a su amigo y lo arrastra fuera de la habitación, hasta que ambos caen uno junto al otro en el césped, «conscientes tan solo de la gloriosa luz del sol, que se iba abriendo camino a través de la nube infernal que nos envolvía». Tras la sobrecogedora experiencia, que Conan Doyle describe con todo detalle, Holmes abandona su frialdad característica y con voz temblorosa exclama:

¡Palabra de honor, Watson! Le debo un agradecimiento y una disculpa. Ha sido un experimento injustificable, aun para uno mismo, pero mucho más para un amigo. Le aseguro que lo siento mucho.²⁹

Después de tantos años juntos, Watson se emociona al escuchar aquellas palabras y responde que no existe mayor privilegio que ayudar a su amigo, a pesar de que, como el propio Holmes admite, lo razonable hubiera sido que acabaran los dos locos por efecto de la droga, puesto que ya lo estaban cuando decidieron someterse a tan extravagante experimento. Una locura causada por el amor a la ciencia y el conocimiento, algo que ya dictaminó Victor Trevor antes de presentar a Watson al extravagante Holmes: «Para mi gusto, Holmes es un poco excesivamente científico. Casi toca en la insensibilidad. Por lo que se ve, su pasión es lo concreto y exacto en materia de conocimientos».³⁰ Trevor tiene mucha razón, porque si Holmes puede ser definido de alguna manera es como un detective científico, quizá no el primero tampoco, porque le precedieron el Legrand y el Dupin de Poe, pero sí el que llevó la aplicación

del método científico al mundo criminal a su máxima expresión. En consecuencia, el camino que conduce a Sherlock Holmes comenzó cuando se crearon las primeras academias de investigación sistemática experimental, en especial, la Royal Society.

UN DETECTIVE BACONIANO

Trabajé basándome en principios baconianos y, sin teoría alguna, recopilé datos al por mayor.

Charles Darwin

Aunque nunca fue un científico, se suele considerar a Francis Bacon el padre de la ciencia moderna. Nombrado canciller de Inglaterra por Jacobo I en 1618, además de diversos textos filosóficos, escribió la utopía *Nueva Atlántida*, en la que unos navegantes llegan a una isla desconocida en el océano Pacífico. La de Bacon fue la más célebre de las utopías posteriores a la Edad Media, un género muy de moda en una época en la que comenzó a imaginarse un futuro en el que todo podría ser transformado por la actividad humana. Entre muchas otras, se pueden mencionar la Ciudad del Sol de Campanella, la Utopía de Tomás Moro, la Telema que Rabelais propuso en *Gargantúa*, la Ciudad Feliz de Francesco Patrizi da Cherso (1516), la Cristianópolis de Johann Valentin Andreae, la Oceana de John Harrington (1656) o los textos rosacruces, también atribuidos a Andreae.³¹

En *Nueva Atlántida*, Bacon imagina una civilización que se remonta a miles de años atrás y en la que la felicidad de los ciudadanos se cimenta en la atención que sus sabios prestan a la ciencia. Para lograrlo, trabajan en una organización llamada Casa de Salomón, cuya misión es el estudio de la naturaleza, con el objetivo de descubrir sus secretos más ocultos y, de este modo, contribuir al bienestar de la humanidad. Para dejar claro que el estudio de la naturaleza no es una ofensa a Dios ni cosa de brujos o herejes, Bacon hace que uno de los personajes alabe de la siguiente manera a Dios: «Según hemos aprendido

en nuestros libros, realizas milagros con vistas a un fin excelente y divino, pues las leyes de la naturaleza son tus propias leyes, y tú no las varías a no ser por un gran motivo». ³² Es decir, las leyes de la naturaleza han sido establecidas por la divinidad, y no cambian excepto por un motivo superior (eso son los milagros), por lo que estudiar esas leyes no es otra cosa que maravillarse ante la creación y creatividad divina. Salvado este último escollo, Bacon puede exponer, a través de uno de los sabios de la Casa de Salomón, su proyecto de una sociedad basada en la ciencia: «El fin de nuestra fundación es el conocimiento de las causas y movimientos secretos de las cosas, así como la ampliación de los límites del imperio humano para hacer posibles todas las cosas». ³³

En 1660, con la aprobación del rey Carlos II, se inauguró de manera oficial la Royal Society, que pretendía instaurar en Inglaterra una organización semejante a la Casa de Salomón. A ella pertenecían esos científicos, entre metódicos y extravagantes, como Robert Hooke, Robert Boyle o Isaac Newton, a quienes ya hemos conocido. ³⁴

En la actualidad tiende a subestimarse la importancia de Bacon y se señalan los rasgos de su pensamiento que todavía estaban anclados en la Edad Media, o se dice que su método científico consistía en la mera acumulación de datos, lo que no tiene nada que ver, agregan, con el verdadero proceder de los científicos. El retrato que se obtiene de Bacon acaba por ser el de un mago disfrazado, un utopista fantasioso o un empirista ingenuo, además de un cortesano servil y adulador, traicionero e hipócrita. ³⁵ A pesar de la negativa imagen actual, durante siglos Bacon fue considerado el hombre que había logrado hacer descender la ciencia desde los cielos de la especulación y la teoría hasta el terreno sólido de la observación y la experimentación. A algunos, como Immanuel Kant, los despertó de su «sueño dogmático», según declara él mismo en la dedicatoria de la *Crítica de la razón pura*. Basta con leer las asombrosas descripciones de los inventos realizados en la Casa de Salomón para entender ese poderoso influjo: el submarino, el avión, la radio, la descomposición de los rayos luminosos y algo muy parecido al láser, entre muchas otras invenciones que tuvieron

que esperar varios siglos para convertirse en realidad, o que todavía están esperando a ser descubiertas. Por otra parte, los ensayos que Bacon escribió para promover un estudio de la naturaleza metódico, sensato y exento de prejuicios, todavía hoy en día son una estimulante lectura. En cualquier caso, si retrocedemos a la Gran Bretaña de la época de Sherlock Holmes, encontramos respeto y admiración entusiasta hacia él, hacia la Royal Society y hacia la búsqueda racional de conocimiento. Arthur Conan Doyle estaba tan fascinado por la ciencia que no solo creó a Sherlock Holmes, sino también a otro científico inolvidable, el profesor Challenger, quien, en *El mundo perdido*, descubre una tierra en la que todavía viven dinosaurios (como es obvio, esta novela es la inspiración de *Jurassic Park*, de Michael Crichton). En el mundo anglosajón, la moda dominante entre las élites, pero también entre el ciudadano común, era la admiración hacia los logros de la ciencia, que no solo había descubierto energías que superaban las más locas ensoñaciones de los filósofos herméticos, como la electricidad o el electromagnetismo, sino que había desentrañado parte de los secretos que la naturaleza había mantenido ocultos durante siglos, creando nuevos compuestos que los alquimistas tampoco habían llegado a imaginar. Si la ciencia no logró hacer realidad el viejo sueño alquimista de crear oro, quizá fue porque, como sabemos desde hace no demasiado tiempo, todo el oro de nuestro planeta llegó desde el espacio exterior.* Pero sí se crearon nuevos metales, como el aluminio (a partir de la bauxita), que hasta finales del siglo XIX fue tan valioso como el oro, como prueba que en la Exposición Universal de 1855 se expusieron varias barras de aluminio junto a las joyas de la corona de Francia. La admiración por la ciencia era extrema en Gran Bretaña, que siguiendo los consejos de Bacon, es decir, gracias a la información y la investigación, se había convertido en el máximo poder universal:

En la época victoriana, los estudiantes que antes habrían sido simplemente caballeros (*gentlemen*) y naturalistas clericales,

* Al menos, así lo aseguraron científicos de la Universidad de Bristol en la revista *Nature* en 2011.

ahora eran «científicos» profesionales. Entre la mayoría de la población la creencia en las leyes naturales y en el progreso continuo empezó a aumentar y se produjo una frecuente interacción entre ciencia, gobierno e industria. La educación científica se expandió y formalizó.³⁶

Eso sí, tal vez como reacción al cientifismo dominante, también acabó por producirse un revival espiritual y espiritista, recuperando la religión (en muy diversas formas y variedades) una importancia en la sociedad británica que no había tenido en los últimos siglos, y que tampoco persistiría en el siglo xx.³⁷ Arthur Conan Doyle no se diferenciaba de sus contemporáneos en la admiración hacia la ciencia y Francis Bacon y no cabe ninguna duda de que sus libros, como el *Novum Organum* o *El avance del saber*, figuraban entre sus predilectos; probablemente también lo eran de Sherlock Holmes, que a veces parece estar citando casi literalmente preceptos y aforismos de Bacon. Una muestra de esa obsesión científica es que, para Conan Doyle, la defensa del mundo de los espíritus (afición en la que también se parecía a sus contemporáneos) era una investigación de carácter científico: «Aquellos que habían estudiado los fenómenos espiritistas* y tratado de esclarecer las leyes que los rigen, habían seguido, en mi opinión, el verdadero camino de la ciencia y el progreso».³⁸ Como buen científico que investiga el más allá, Conan Doyle hacía experimentos, aunque al principio sin el «instrumental» adecuado: «Esta opinión fue reforzada por mis propios experimentos, aunque debo recordar que entonces trabajaba sin médium, algo muy similar a un astrónomo que no usara telescopio».³⁹ Conviene aclarar, sin embargo, que Sherlock Holmes nunca compartió la afición de su creador hacia el mundo paranormal, como tendremos ocasión de comprobar.

* Los fenómenos *espiritas* (un término que emplean algunos expertos de la profesión) no son exactamente lo mismo que espiritistas, aunque a los ojos de un profano se parecen mucho.

Hoy en día, en la opinión popular del mundo victoriano, el hombre científico se identifica, antes que con cualquier otro, con Sherlock Holmes, el primero que puso en práctica el método de la detección del crimen científico y el inventor de la celebrada «Ciencia de la deducción y el análisis».

Thomas A. Sebeok y Jean Umiker-Sebeok,
*Sherlock Holmes y Charles Peirce,
el método de la investigación*

La ciencia moderna nació cuando la pasión por la observación de la naturaleza hizo que muchas personas se convirtieran casi en fanáticas de la investigación. Aunque en los primeros tiempos de la Royal Society todavía persistían algunas prácticas secretistas, las cosas estaban empezando a cambiar, pues uno de los rasgos característicos de la ciencia moderna es el fin del secreto. Los científicos de la Royal Society, como Robert Hooke, eran muy conscientes de que su manera de mostrar los prodigios de la naturaleza les restaba algo del encanto de los magos renacentistas y de los alquimistas medievales: «Un secreto, sea cual sea, tiende a despertar admiración».⁴⁰ Eso es algo que sabe también Holmes: «Me temo que me delato cuando explico las cosas. Los resultados sin mención de las causas impresionan mucho más».⁴¹ Pero, a pesar de la tentación constante de despertar el asombro manteniendo en secreto los métodos y las técnicas empleadas, los primeros científicos seguían las recomendaciones de su principal inspirador, Francis Bacon: «Lo que distingue a la ciencia verdadera es que sus explicaciones extraen de las cosas todo el misterio. La impostura disfraza las cosas para que parezcan más maravillosas de lo que serían sin el disfraz».⁴² O como dice el gran sabio de la Casa de la Sabiduría en *Nueva Atlantida*:

Nosotros, que poseemos tantas cosas naturales que inducen a admiración, podríamos engañar a los sentidos si mantu-

viéramos ocultas estas cosas, y arreglárnoslas para hacerlas aparecer como milagrosas. Pero odiamos tanto las imposturas y mentiras que hemos prohibido severamente a nuestros ciudadanos, bajo pena de ignominia y multa, que muestren cualquier obra natural adornada o exagerada, debiendo mostrarla en su pureza original, desprovista de toda afectación.⁴³

Aunque a primera vista puede parecer que Holmes se diferencia de los científicos en este aspecto, ya que posee un método propio, diferente del de los policías, criminólogos y químicos de la época, Holmes no mantiene en secreto sus métodos, sino que los hace públicos siempre que tiene ocasión, contándoselos tanto a Watson como a los policías con los que se encuentra: «Tengo por costumbre no ocultar mis métodos ni a mi amigo Watson ni a nadie que muestre un interés inteligente en ellos».⁴⁴ Es cierto que a veces se lamenta de que su «magia» se hace vulgar al revelar los mecanismos que se ocultan tras ella, pero nunca deja de contar el procedimiento que le ha llevado a resolver un caso o deducir algo relacionado con sus clientes o con el propio Watson: «Empiezo a pensar, Watson, que cometo un error al dar explicaciones. *Omne ignotum pro magnifico*⁴⁵ [Todo lo desconocido parece magnífico], como usted sabe, y mi pobre reputación, en lo poco que vale, se vendrá abajo si sigo siendo tan ingenuo».⁴⁶ A pesar de sus lamentos, a Holmes le basta con el placer de la investigación pura: «El hombre que ama el arte por el arte suele encontrar los placeres más intensos en sus manifestaciones más humildes y menos importantes».⁴⁷ En muchas de sus aventuras, Holmes deja que los policías y detectives se atribuyan los méritos que con toda justicia deberían corresponderle a él: «Aquel carácter sombrío y cínico aborreció siempre todo lo que sonase a aplausos del público, y nada le divertía más que, después de haber resuelto con éxito un caso, atribuir el mérito a algún funcionario y escuchar con sonrisa burlona el coro de felicitaciones mal dirigidas».

Es cierto que en ocasiones el detective se muestra celoso del mérito atribuido a sus rivales, pero se trata de disputas por la preeminencia, semejantes a las de Newton con Leibniz por el cálculo infinitesimal o a las que mantuvieron Hooke y Newton

durante toda su vida. Newton esperó hasta la muerte de Hooke para publicar su teoría de la luz, para no recibir las críticas de su rival, o quizá, según se sospecha, para que Hooke nunca llegara a conocer revelaciones tan extraordinarias. Holmes muestra su orgullo de científico cuando dice a Watson, en una ocasión en que su ayudante parece reprocharle en silencio su egolatría: «No, no es cuestión de vanidad o egoísmo. Si reclamo plena justicia para mi arte es porque se trata de algo impersonal..., algo que está más allá de mí mismo». Por otra parte, existe una evidente semejanza entre la sobriedad que los miembros de la Royal Society se imponían al comunicar sus descubrimientos (para distinguirse de los magos y charlatanes) y los reproches que hace Holmes a Watson por dar a sus procedimientos científicos un aura de novela romántica: «Quizá se haya equivocado al intentar añadir color y vida a sus descripciones, en lugar de limitarse a exponer los sesudos razonamientos de causa a efecto, que son en realidad lo único verdaderamente digno de mención del asunto».⁴⁸ La crítica de Holmes recuerda poderosamente el elogio que el historiador Sprat hizo de la Royal Society, que había «conseguido separar el conocimiento acerca de la Naturaleza de los colores de la Retórica, de las invenciones de la Imaginación y del delicioso engaño de las Fábulas», abandonando «esa viciosa abundancia de frases, esa artimaña de las metáforas, esa volubilidad de la lengua, que hace tanto ruido en el mundo».⁴⁹

La diferencia entre los primeros científicos y Holmes es que, aunque ambos persiguen de manera casi obsesiva el conocimiento y se sienten seducidos por cualquier enigma o misterio a resolver, para los científicos el objetivo consiste en desentrañar los secretos de la naturaleza, mientras que Holmes quiere sacar a la luz los secretos de los criminales. Por ello, Holmes agradece la existencia de delincuentes como Moriarty, que le procuran nuevos desafíos a los que entregarse con una pasión incontrolable, mientras que los científicos le agradecen a la naturaleza su gusto por lo oculto y misterioso. Cuando la investigación llega a su fin y el mundo regresa a su rutina, al científico o al detective ya solo le quedan placeres compensatorios, como dice, quizá con cierta amargura, o al menos me-

lancolía, Holmes cuando, tras resolver un caso, acepta que los demás se lleven todos los méritos: «El reparto me parece tremendamente injusto —protesta Watson—, usted ha hecho todo el trabajo en este asunto. Yo he conseguido una esposa, Jones se lleva el mérito... ¿Quiere decirme qué le queda a usted?». Holmes responde: «A mí me queda todavía el frasco de cocaína».

Más allá de las similitudes en la pasión por la investigación, la capacidad de transformarse en una fiera inquisitiva o sufrir estados de narcolepsia, lo que hace a Sherlock Holmes no el primer detective, ni el primer detective asesor, ni siquiera el primer detective de ficción, pero sí el primer gran detective científico, es su capacidad para encontrar pistas que le llevan a la solución de los enigmas. Del mismo modo que los científicos aprendieron a mirar con atención plena la naturaleza, para encontrar las pistas que les conducirían a la solución de misterios como la naturaleza de la luz o el movimiento de los planetas, descubriendo las claves que hasta entonces habían permanecido ocultas, Sherlock Holmes era capaz de ver algo donde otros no veían nada. ¿Cómo lo lograba?